

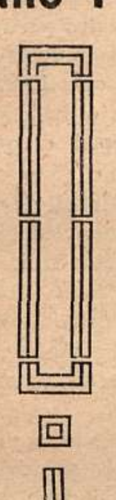
Lo Maravilloso

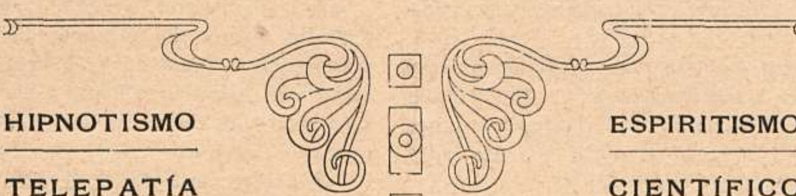
REVISTA DE PSICOLOGÍA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Año 1

Núm. 10





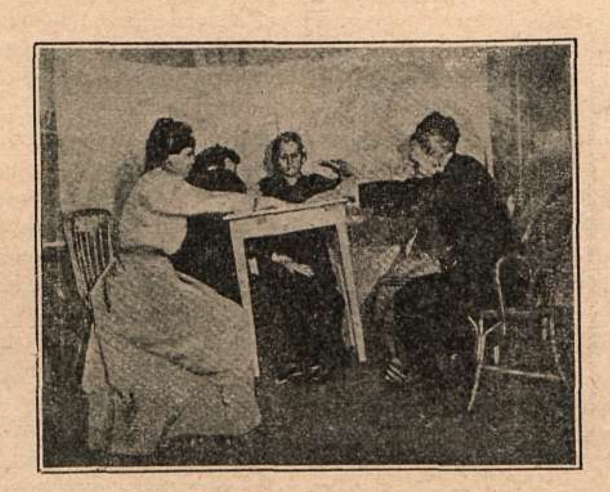
HIPNOTISMO

TELEPATÍA

ESPIRITISMO

CIENTÍFICO

Madrid 25 de Agosto de 1909.



SUMARIO



Administracion: San Bernardo 19

Número suelto 25 cts.



LAS MATERIALIZACIONES EN COSTA RICA

(CONTINUACIÓN)

Las actas del Círculo Franklin contienen numerosos ejemplos de lo que podríamos llamar manifestaciones duplicadas; al presentarse una personalidad materializada, se nota en otro punto de la sala la presencia de una personalidad exactamente igual, que no se materializa, pero que manifiesta su presencia por la voz ó por el movimiento de objetos. Por ejemplo, Ruiz se pone á cantar una copla española, é inmediatamente se oye la voz de su doble acompañándole. La voces son idénticas en intensidad y en timbre.

En una sesión, se llegó á obtener la materialización del doble de Mary; pero con la particularidad de ser este doble múltiple, de modo que á un tiempo se aparecieron hasta cuatro fantasmas de la joven norteamericana. He aquí cómo refiere el acta tan curioso fenómeno:

Procede Mary á pluralizarse en cuatro personas ó formas psíquicas, tres de las cuales cogen por los brazos á uno de los presentes y hablan á un tiempo cosas diversas, actuando como si fuesen seres independientes uno de otro, mientras la cuarta forma canta á cierta distancia.

Explica Mary, una vez restablecida la unidad normal, que, por un esfuerzo de voluntad, el cuerpo astral se fracciona en dos ó más partes que se materializan por separado y son conscientes, quedando, sin embargo, unidas al núcleo principal por un lazo fluídico, lo que permite reconstituir la personalidad ordinaria tan pronto como se quiera.

Abre luego una ventana y se muestra teniendo al lado su doble, el cual permanece inmóvil y callado. Ella, en cambio, se mueve y pregunta repetidas veces si la ven y si ven su doble.

Ambas apariciones se perciben clara y distintamente y son idénticas en todo.

Pasados unos quince minutos, se abre la misma ventana con estrépito, y sobre el alféizar se ve otra vez á Mary, pero sola. Viste falda corta hasta la rodilla y medias negras. Se le dice que se eleve en el aire, y, en el acto va ascendiendo despacio hasta una altura como de metro y medio del suelo, é inclinando el cuerpo hacia adelante, va á posarse sobre una mesa, de la cual, dando un salto, cae al suelo, oyéndose el ruido del calzado.

Á veces, el doble de la médium es el que se manifiesta. En una ocasión, con motivo de haberse expresado el deseo de que hubiese algún aporte, exclamó Ofelia con fuerza: «Que se desprenda mi doble y traiga algo de fuera». «Será usted obedecida», dijo el doble á corta distancia; y pasados unos pocos segundos dos de las señoras presentes, casi al mismo tiempo, manifestaron que les habían puesto un objeto en la mano. Al alumbrarse la sala, se vió que eran dos manzanas de las que había en el terreno de la finca, y se notó que del extremo superior del pezón manaba abundante y fresca savia, lo que era signo inequívoco de que las frutas acababan de ser separadas del árbol.

En esta misma sesión, Mary Brown hizo algunas declaraciones muy interesantes acerca de la vida ultraterrena, contestando á preguntas de los presentes. Sus noticias las resume así el acta de la sesión:

«La música y el canto no existen en el mundo espiritual, al menos en la forma que aquí tienen esas manifestaciones del sentimiento, pues careciéndose, como se carece, de materia en estado concreto y de órganos para la producción de la voz, es imposible producir ó emitir sonidos de ninguna especie; pero hay goces intelectuales y morales mucho más puros y profundos que cuantos en la tierra es dable sentir ó imaginar. De igual modo, el sufrimiento moral, los terrores y congojas que atormentan el espíritu, son superiores á los padecimientos terrenales.

»Para nosotros, la existencia de Dios es una verdad axiomática.

»Dios no puede ser percibido como el hombre percibe las variadas formas del universo físico, pero se siente y se comprende su influencia bienhechora. Los rayos que de su esencia se desprenden llegan á los seres racionales produciendo en ellos diversos efectos, según la condición de cada uno; así, hacen que en el criminal brote el arrepentimiento, en el abyecto el deseo de rehabilitación, en el justo los anhelos generosos y los celestes goces. Los hombres que ocupan un lugar intermedio entre el bien y el mal (que son los que forman el mayor número, en variedad infinita), no tendrán, al morir, los terribles padecimientos morales que el malvado, pero tampoco gozarán de las deliciosas fruiciones que regocijan el ánimo de un Francisco de Asís. Conviene, pues, aprovechar el tiempo que se pasa en la Tierra, cultivando el entendimiento, domando las malas pasiones, siendo virtuosos y procurando que se desarrollen sentimientos de benevolencia y amor al prójimo.

»El arrepentimiento que allá se experimenta no basta por sí solo para sentar plaza entre los buenos; es un principio de rehabilitación, mas no un mérito positivo. Así como no se va al teatro á arreglarse el traje y el tocado, sino que es en casa donde debe prestarse atención á esas cosas, del propio modo durante la estancia en la tierra es cuando corresponde arreglar los asuntos espirituales, que son los que más importan, y poner en práctica los buenos propósitos que brotan del fondo del alma, aun á costa de grandes sacrificios, pues que en casos tales padecer es merecer. Por otra parte, ¿qué son, qué valen los pesares del mundo cuya más larga duración es imperceptible instante en la infinita sucesión de los tiempos? Cuando se sufre con paciencia, el dolor es un purificativo del alma.

Poco tiempo después del día en que se obtuvo esta singular comunicación, el 7 de Abril de este año, habiéndose presentado Mary á poco de empezada la sesión, se le preguntó si podría obtenerse su retrato. Accedió gustosa la materializada, y entonces fué cuando se hicieron las cuatro fotografías que en el número 8 de nuestra Revista hemos reproducido. Para ello, mantuvo Mary su materialización durante tres cuartos de hora sin demostrar el menor esfuerzo.

Tan reales parecen las formas fotografiadas, que como dice muy bien el mismo Sr. Brenes, nada revela su verdadera naturaleza, y sólo la condición y autoridad de las personas que asistieron al experimento impide creer en su fraude.

(Continuará.)

AÑO I Madrid, 25 de Agosto de 1909 NÚM. 10

Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Ser ó no ser... ese es el problema —SHAKESPEARE.

El que fuera de las matemáticas puras dice *imposible*, carece de sentido.
ARAGO.

ADMINISTRACION
Ancha de San Bernardo, número 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España: Un año, 6 pesetas; un semestre, 3,50 ídem.
Extranjero: 7 y 4 francos respectivamente.

Los sabios y los ignorantes me atacan; los unos y los otros se ríen de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas; y bien, sea; pero yo sé que he descubierto una de las más grandes fuerzas de la Naturaleza.
GALVANI.

EL VALOR DEL TESTIMONIO

No hay ser más confiado que el hombre, ni cosa más fácil de conseguir que su credulidad. Prueba de ello es que toda la existencia consciente de la raza humana se funda sobre esa certidumbre de segunda mano que llamamos testimonio. Basta que otros nos digan seriamente que han visto, tocado ó sentido tal ó cual cosa, para que esta cosa sea para nosotros artículo de fe, ni más ni menos que si nos hubiera sido revelada por nuestros propios sentidos. .

Creemos, por ejemplo, que Pelayo inició nuestra reconquista y que Napoleón empezó á distinguirse en Tolon, porque muchos de los contemporáneos de estos personajes afirman estos hechos, ó porque se nos dice que ciertos hechos actuales son consecuencia de aquéllos. Todo el mundo cree, desde que Pasteur lo afirmó, en la existencia de las microbios, á pesar de ser muy pocas las personas que se toman la molestia de confirmarla por medio del microscopio. Consideraríamos un necio al hombre que dudase de que el agua es una combinación de oxigeno é hidrógeno, porque hay otros hombres que nos dicen haber hecho experimentos por los cuales se prueba que, cuando dos átomos de hidrógeno se ponen en contacto con uno de oxigeno, resulta una molécula de agua; pero de los mil quinientos millones de personas que componen la población del globo terráqueo, apenas quinientos han hecho por sí mismos el experimento, lo que no impide que los mil cuatrocientos millones y pico restantes crean á ciegas en él.

Hasta los famosos viajes de Stanley, nadie sabia cómo eran las misteriosas regiones del África central. Regresó de ellas el célebre explorador, dijo que allí había una selva inmensa atravesada por un gran río, y el mundo entero le creyó; mas aún: otros exploradores tomaron sus afirmaciones como base para nuevos trabajos en los que se comprometían muchas vidas y mucho dinero.

Se dirá que todos los hechos á que aludimos son tan lógicos y entran de tal manera en el orden natural de las cosas, que realmente no hay por qué poner en duda los asertos de los historiadores y hombres de ciencia que los afirman. Pero es el caso que lo mismo sucede con ciertos hechos que á primera vista resultan desprovistos de toda lógica. Un sabio viene de Australia diciendo que el ornitorinco, animalejo propio de aquel continente, siendo un mamífero como el gato, el perro ó el caballo, en vez de criar sus hijos vivos, pone huevos ni más ni menos como la gallina; otro hombre de ciencia trae de allá un huevo asegurando que es de tal animalejo, y aunque la cosa sea una verdadera paradoja, todos los que á cultivar la Ciencia se dedican diputánla sin más ni más como ciertísima. Unos cuantos historiadores nos dicen que una sencilla pastorcita, débil, sin cultura y sin experiencia, revistió férreo arnés, se puso al frente de un ejército y salvó á Francia; ello parece imposible, cosa así como de cuento de hadas, pero nadie lo pone en duda.

¿Por qué esta credulidad? ¿Cómo se explica semejante exceso de confianza en el testimonio ajeno? Pues sencillamente porque, si no creyésemos en los hechos que se nos cuentan ni en los fenómenos que se nos refieren; si no admitiésemos más verdad que la que pudiéramos comprobar por nosotros mismos, no existirían la civilización, ni la moral, ni la industria, y yaceríamos sumidos en la más abyecta barbarie, ya que no puede haber progreso sin que los hombres confíen unos en otros lo bastante para que cada uno aproveche la experiencia de los demás y comunique á los demás, para que á su vez la aprovechen, su experiencia propia.

Sin embargo, la cosa varía tan pronto como se exige la misma credulidad para los fenómenos mediúmnicos. En éstos no se quiere creer, se duda incesantemente, y aunque tenemos acerca de su realidad el testimonio de otras personas que no podemos considerar

ni como necias, ni como impostoras ni como alucinadas, cada uno quiere presenciarlos y estudiarlos por sí mismo antes de creer en ellos, si no es que desde luego renuncia á ocuparse de ellos en la convicción de que va á perder el tiempo. Todos, por ejemplo, creemos en la palabra del gran físico Crookes cuando afirma haber descubierto que ciertos elementos, considerados como simples, son realmente compuestos; nadie ha repetido sus experimentos, porque algunos de dichos elementos (el itrio, por ejemplo) son excesivamente caros; pero Crookes lo ha dicho y basta.

Mas he aquí que un día el mismo Crookes afirma haber presenciado durante tres años la aparición de un fantasma femenino, Katie King, en su laboratorio; asegura haber tocado á este fantasma, haberle fotografiado y haber recibido un pedazo de su vestidura; y entonces todos, aun los mismos que jamás pondrían en duda las investigaciones químicas del mismo autor, por paradójicos que sean sus resultados, se ríen, dudan de la integridad de las facultades del sabio y á voz en grito piden pruebas, experimentos y demostraciones que pongan la verdad en claro. Mientras el hombre de ciencia ha hablado de metales y metaloides, de combinaciones y de reactivos, se le ha creído, por absurdos que sus asertos parecieran; pero se ha atrevido á hablar del Alma, de fantasmas, de fuerzas inteligentes que no son de seres vivos, y el mundo sabio, mejor dicho, el mundo *que se llama sabio*, no puede pasar por eso.

Y lo que ocurre con Crookes, acontece con cuantos sabios han tenido la ocurrencia de entrar en el terreno de la psicología positiva. Cuando Flammarion se contentaba con estudiar el mundo sideral y nos contaba historias prodigiosas de astros y planetas, todos decían á una: «¡Qué astrónomo tan eminente! ¡Qué gran conocedor de los cielos!» Mientras Lombroso no hizo más que estudiar el cuerpo material de los individuos, su carácter y sus idiosincrasias, se le llamaba á porfía antropólogo sin par, criminologista insigne, alienista experimentadísimo. Pero un día, Flammarion y Lombroso empiezan á hablar de médiums, de mesas que se mueven solas, de seres invisibles que se materializan, y al punto la gente recuerda la tan traída y llevada chifladura de los sabios, tacha á las dos lumbreras de la Ciencia de imaginaciones demasiado fantaseadoras y dice, como el rey Agripa de San Pablo: «Las muchas letras les han trastornado el seso».

Claro está que á todo esto se contesta con un argumento que parece irrebatible: se puede dudar, se *debe* dudar, de las teorías psíquicas que Crookes, Lombroso y Flammarion defienden, porque esas son cosas demasiado transcendentales para admitirlas así, sin más ni más. Que el itrio sea simple ó compuesto, que los criminales tengan el lóbulo de la oreja mejor ó peor conformado, que tal ó cual planeta tenga unos metros más ó menos de diámetro, ¿qué importa para la marcha de la Humanidad ni para su bienestar? Pero, que el Alma, después de abandonar este mundo, pueda volver á él; que nuestros difuntos puedan comunicarse con nosotros; que á nuestro alrededor haya inteligencias sin cuerpo, todo eso es ya demasiado serio para que creamos en ello porque unos cuantos nos lo dicen.

Muy bien: vamos á admitir que el testimonio ajeno tenga tanto menos valor cuanto mayor sea la transcendencia del hecho de que se testifica; pero entonces, ¿por qué subsiste en el derecho la prueba testifical? Se comete un crimen, se acusa á un individuo, y este individuo es privado de su libertad, acaso de su vida, porque unos cuantos testigos dicen que él es el delincuente, y á estos testigos se les cree porque juran decir verdad sobre un libro que se dice es sagrado; y creemos que este libro es sagrado porque nos lo dice una Iglesia que dice ser la verdadera.

He aquí por donde la vida de un sér humano depende de toda una cadena de testimonios ajenos y de confianzas sucesivas en el «se dice». La cosa es harto transcendental, y sin embargo, á nadie se le ocurre decir que los testigos son unos farsantes.

No hay, pues, argumento ninguno que justifique la ciega credulidad en el testimonio ajeno mientras se trata de hechos históricos, científicos y jurídicos, y la desconfianza absoluta en el mismo testimonio cuando afirma un fenómeno mediúmnico. Lo único que puede justificar estos distingos es el miedo, un miedo cobarde á creer lo que otros no creen, á hacer el ridículo ante el prójimo. Los escépticos quieren disimular este miedo pidiendo nuevos experimentos; no es que ellos no quieran creer, es que quieren convencerse mejor. Así, al menos, lo aseguran ellos, y como no es cosa de que también nosotros seamos incrédulos, confiaremos en que, en efecto, no quieren más que convencerse, y multiplicaremos y repetiremos los experimentos hasta que, mal de su grado, hayan de darse por vencidos.

Y cuenta que una victoria es tanto más honrosa cuanto con más dificultades se consigue.



Afirmo que he visto y estoy perfectamente convencido. Otros han visto también. ¿Por qué entonces hablar de eso en voz baja como de una cosa de que hubiese que avergonzarse?

Sir OLIVIER LODGE,
Rector de la Universidad de Birmingham
(Inglaterra).

LOS GRANDES MÉDIUMS

MISTRESS PIPER

(CONTINUACIÓN)

El dominio de la entidad espiritual Dr. Phinuit en la mediumnidad de Mistress Piper fué casi absoluto hasta el mes de Marzo de 1892. Con frecuencia cedía su puesto á otras personalidades, pero rara vez durante toda una sesión. En dicha fecha, sin embargo, el extravagante mediquillo comenzó á esfumarse, á achicarse, y acabó por desaparecer del todo ante un nuevo personaje que empezó por imponerle su colaboración y llegó á suplantarle por completo. Este personaje, que decía ser el espíritu de un difunto miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, supo demostrar su identidad de tantas y tan variadas maneras, que una vez conocidas sus manifestaciones resulta punto menos que imposible dudar de su autenticidad, y casi ridículo poner en cuarentena la hipótesis espiritista.

Llamábase este sustituto de Phinuit Georges, Pellew; pero los experimentadores, habiendo sido amigos y consocios suyos, por un sentimiento de discreción acordaron designarle en las publicaciones de la Sociedad bajo el nombre de Georges Pelham, ó más bien, en forma abreviada, G. P. Abogado de profesión, sus aficiones le llevaron á cultivar la Literatura y la Filosofía. Había publicado dos libros muy apreciados y dejó cierto número de manuscritos bastante notables. En 1892, cuando sólo contaba treinta y dos años, murió instantáneamente de una caída de caballo.

Cinco semanas después, durante una sesión con Mrs. Piper, ésta dijo al profesor Hodgson:

—Su amigo Pellew desea decirle una cosa.

Y Pellew empezó á hablar por boca de la médium. Al morir—según dijo,—en un cajón de cierto mueble de su cuarto habían quedado algunas cartas que por nada del mundo quería que cayesen en manos de su familia, y rogaba á su antiguo compañero Hodgson que las hiciera desaparecer. El profesor era todavía demasiado incrédulo y no hizo caso de aquel ruego de ultratumba. Antes de un mes, recibía una carta muy triste de los padres de Pellew, que habían dado con las cartas en cuestión, cuya existencia no conocía nadie más que el muerto.

Este episodio no ha sido publicado jamás por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Jules Bois, á quien se lo refirió Hodgson personalmente, lo ha dado á conocer para explicar el entusiasmo, casi diríamos el encarnizamiento, con que los experimentadores celebraron desde entonces las sesiones con la prodigiosa médium.

Por lo demás, el mismo G. P. (llamémosle así para seguir la costumbre oficial) quiso desde un principio entrar en comunicación con los que en vida había tenido por amigos, empezando con el matrimonio Howard, de Boston, al que le unió en otro tiempo cierta intimidad. Apenas Mr. Howard y su esposa estuvieron en presencia de Mrs. Piper, G. P. se dirigió al primero:

—¿Eres tú, Jim? Háblame pronto. Yo no estoy muerto. Estoy terriblemente contento de verte. ¿No puedes tú verme también? ¿Me oyes? Dale afectos míos á mi padre, y dile que querría verle. Soy muy feliz aquí, sobre todo desde que noto que puedo comunicar contigo. Compadezco á los que no pueden hacer otro tanto. Quiero que sepas lo mucho que me acuerdo de ti. He dejado mis libros y mis papeles horriblemente embrollados.

Howard.—¿Qué haces ahí donde estás?

G. P.—Por ahora no puedo hacer gran cosa. Sólo despierto á la realidad de la vida después de la muerte. Esta era como tinieblas. Yo no podía distinguir nada en el primer momento. Ya sabes que las horas más sombrías son precisamente las que preceden á la aurora. Me hallaba aturdido, confuso. Pronto tendré una ocupación. Entretanto, amigos míos, os puedo ver, puedo distinguir tu voz, Jim, con tu acento especial; pero resuena como en el fondo de un cajón. La mía te parecerá un pequeño murmullo.

How.—¿Nuestra conversación tiene entonces algo de telefónica?

G. P.—Sí.

How.—¿No te quedaste sorprendido al verte vivo otra vez?

G. P.—Sí; muy sorprendido. Yo no creía en la vida futura; eso pasaba de los límites de mi razón. Pero ahora es para mí tan claro como la luz del día. Tenemos una semejanza astral del cuerpo material... ¿Qué escribes ahora, Jim?

How.—Nada importante.

G. P.—¿Por qué no escribes algo sobre todo esto?

How.—Bien quisiera; pero mi opinión no sería de bastante peso. Me faltan hechos.

G. P.—Yo os los presentaré á ti y á Hodgson, si es que todavía se interesa por estas cosas.

How.—¿Y entonces se reconocerá la posibilidad de la comunicación?

G. P.—Seguramente. Las gentes que aún estén en su cuerpo material sabrán todo esto con el tiempo, y todo el mundo tendrá el medio de comunicarse...

Ello no es más que cuestión de tiempo. Quisiera que todos los amigos supiesen mi situación. A los muchachos excéntricos se nos comprende siempre mal en vida. Yo perdí muchas veces toda esperanza, mas ya no es así. Ahora soy feliz. Quiero que mi padre lo sepa, pero será duro de convencer. Mi madre creerá más fácilmente.

Hay que advertir que Mrs. Piper no había conocido á G. P. ni le había oído nombrar jamás. Cuatro años antes de su muerte, el joven filósofo había asistido á una sesión de la célebre médium, pero bajo nombre supuesto. Por cierto que salió riéndose de la mediumnidad, del espiritismo y de la supervivencia del Alma, en la que jamás quiso creer. Sobre este asunto había tenido más de una discusión con el doctor Hodgson, quien sostenía la hipótesis de una especie de envoltura sútil compuesta de éter, que podría sobrevivir al cuerpo material. G. P. consideraba absurdas todas las teorías que pudiesen explicar el más allá, y un día cortó la discusión prometiendo á Hodgson que si él moría primero y continuaba existiendo de cualquier manera que fuese, se encargaría de probarlo. Cumpliendo su oferta, en una de las primeras sesiones en que se manifestó, saludó á su antiguo contrincante con estas palabras:

—¡Bien, Hodgson! No hay muerte. ¿Qué le parece á usted?

Hodgson.—¿Recuerda usted nuestra conversación, en la que yo exponía mis hipótesis acerca de una base física de la vida futura?

G. P.—Sí; y por cierto que yo me burlé.

Hod.—No diré tanto; pero usted no aceptaba mi opinión.

G. P.—No, no; yo me reí.

Hod.—¿Y hay, en efecto, la clase de cuerpo que yo pensaba, el cuerpo etéreo?

G. P.—Eterizado... y etéreo; tenía usted razón.

Los que fueron amigos de G. P. desfilan ante Mrs. Piper, sin dar sus nombres, por supuesto. G. P. reconoce á treinta de ellos, y en un momento de buen humor se permite gastarles algunas bromas, no siempre agradables. Al ver, por ejemplo, á una joven que había crecido mucho desde que él murió, finje asombrarse de lo alta que está, y á otra que tocaba el violín detestablemente, la dice con una franqueza que hace salir los colores á la cara de la interesada y de su madre: «¡Qué horrible tormento es oirla á usted tocar!» En cambio, á una Miss Evelyn, joven á quien apreció mucho pero de la que con frecuencia se había burlado con sus bromas, le anuncia: «Ya no la haré rabiar más, Evelyn, puesto que he muerto».

Uno de los presentes en la sesión lleva en la mano una carta escrita por la madre de G. P., de manera que la médium no pueda verla. Sin embargo, G. P. descifra la carta sin equivocarse más que en una palabra acerca de cierta quinta que él dice estar situada á orillas del río Hudson siendo así que en realidad se halla junto al Potomac. Confusiones de este género, y otros errores más evidentes cuando se trata de predecir acontecimientos futuros, son frecuentísimos en estas comunicaciones por medio de Mrs. Piper. G. P., cuando se le pregunta acerca de ello, lo explica así: «No es que yo sea menos inteligente ahora que antes. Todo lo veo más claro que cuando estaba encerrado en el cuerpo. Para entrar en comunicación con vosotros, tenemos que penetrar en vuestra esfera, y de ahí que cometamos esos errores que decís. Me parece que todo zumba en torno mío y que tengo que meterme en una enorme colmena. Por lo demás, recordamos y amamos siempre á nuestros amigos que quedan en la vida del sueño, en nuestra vida. Esta nos atraerá mientras tengamos amigos dormidos en el mundo material... Nos parecéis encerrados en una cárcel y como dormidos.»

Recordando que Pellew había sido un muy notable humanista, uno de los consultantes, el profesor Newbold, tuvo la ocurrencia de pedir que tradujese algunas frases griegas, y propuso las primeras palabras del Padrenuestro: *Pater emón o en tois uranois*. G. P. vaciló algunos momentos, y luego tradujo: «Nuestro padre, tú en los cielos.» El profesor propuso enseguida una frase más larga y de circunstancias, improvisada por él mismo: *Uk esti zanatos; ai gar ton zanetón psyjai dsoen dsoin azanatou, aidion, makarion* (No hay muerte; las almas de los mortales, en efecto, viven una vida inmortal, eterna, feliz). Esta vez, G. P. no pudo traducir; tuvo que llamar en su auxilio al espíritu de un afamado helenista, Stainton Moses, y aun entre los dos no llegaron á traducir más que la primera oración: «No hay muerte.»

¿Qué significan estas dificultades? ¿Es que G. P. y Stainton Moses han olvidado el griego al pasar á mejor vida? ¿Acaso será Mrs. Piper la verdadera traductora? En este último caso, y pese á dichas dificultades, habría que considerar á la médium norteamericana como una políglota sin rival. Phinuit pronuncia por su boca frases sueltas en francés; una italiana llamada Elisa, hermana difunta de la esposa de Mr. Howard, se manifiesta hablando su dulce idioma, y hasta en una ocasión en que el comunicante pretende ser un joven indígena de Hawai, óyense frases en el más castizo hawayano. Mrs. Piper, por supuesto, no entiende ninguna de estas lenguas en estado normal.

Desde las primeras sesiones en que se manifestó, G. P. pidió ver á su padre para hablarle de asuntos privados y para convencerle de su existencia en un mundo nuevo. Se hizo saber este deseo á Pellew padre, y aunque muy escéptico por naturaleza y por su educación, este caballero acudió acompañado de su segunda esposa, la madrastra del difunto joven. Se presentaron ambos con nombres falsos, pero eso no impidió que, tan pronto como estuvieron ante la médium, G. P. exclamase: «¡Eh! ¡Padre, madre, soy yo, Jorge!» Un día se le pide que diga lo que en aquellos momentos hacen sus padres, y enseguida contesta:

«Acabo de ver á mi madre cepillando mi ropa; ha sacado mis gemelos de una cajita y se los ha dado á

mi padre, á quien he visto enviárselos á mi amigo Hart. Mi madre ha colocado mis papeles en una caja de hierro. Mi padre ha tomado una fotografía y la ha llevado á un fotógrafo de Washington para que saque una copia.»

Se preguntó á los padres por escrito y contestaron que todo era exacto, salvo un detalle: la ropa de G. P. no la había cepillado su madre, sino un criado. Los escépticos dicen á esto: «¡Pobre Mrs. Piper! Se creía que Mrs. Pellew era una mujer de la misma condición que ella, sin servidumbre para limpiar la ropa.» Pero semejante comentario no es de ningún valor ni prueba nada. Aunque realmente fuese G. P. el comunicante, pudo muy bien ver á su madrastra sacando la ropa para hacerla cepillar, y creer que ella misma iba á ejecutar esta operación. Sea como fuere, los mismos padres de G. P. no pueden menos de declararse convencidos. El padre, consultando sobre su opinión, dice: «La clarividencia que permite á nuestro pobre Jorge sorprender las acciones de sus amigos en la tierra por un procedimiento incomprensible, me llena de asombro. Mis ideas preconcebidas á propósito de la vida futura han recibido un rudo golpe.» Y Mrs. Pellew, por su parte, añade: «Todos estos hechos no pueden explicarse por otra suposición que por la intervención directa de nuestro hijo.»

Desde que el hombre conoció por vez primera los fenómenos espiritas, todas las entidades espirituales que los médiums nos han presentado están conformes en afirmar que el más allá es un mundo de paz y de delicias que jamás podríamos soñar desde aquí. G. P. no es una excepción. La primera vez que aparece es para decir: «Cuando me vi aquí vivo, me puse á saltar de gozo»; y un día que el Dr. Hodgson, recordando su temprana muerte, le pregunta: «¿No ha partido usted demasiado pronto?», él se apresura á contestar: «No, Hodgson, no; no era demasiado pronto.»

Pero si los espíritus son dichosos, su dicha no parece ser puramente contemplativa. En el más allá existe, como en este mundo, la imperiosa ley del trabajo, y ellos trabajan, se ocupan en algo. «No tardaré en tener una ocupación», dice G. P. á su amigo Howard. ¿Una ocupación? ¿No es esto demasiado terrenal? Se pregunta á G. P. en qué consisten los quehaceres de los espíritus, y contesta: «Nuestros quehaceres se asemejan á los más nobles entre los vuestros; ayudamos á los demás á progresar». Esta contestación no satisfará sin duda á los que sólo sientan una vana curiosidad, pero encierra una profunda verdad filosófica. Evidentemente, si hay una vida futura, las almas deben progresar en ella; no podemos creer que vivan allá con todas las imperfecciones que de la Tierra se llevaron.

Precisamente, un célebre médium inglés, el ya mencionado helenista Stainton Moses, en un libro titulado *Enseñanzas de los Espíritus* desarrolla la teoría de que las almas parten de este mundo con todos sus vicios y todos sus apetitos, y no pudiéndolos satisfacer en el más allá por faltarles cuerpo para ello, se desahogan, digámoslo así, incitando á los hombres que aún quedan en la tierra á entregarse á dichos vicios y apetitos, lo que parece llenarlas de inefable gozo. Esta teoría no es, en fin de cuentas, otra cosa que la vieja leyenda de los demonios, y en realidad no está conforme con lo que nos dicen los pretendidos espíritus. Para poner la cosa en claro, el profesor Newbold, en una sesión celebrada en Junio de 1895, pregunta á G. P. lo que piensa acerca de la teoría de Stainton Moses.

—¿Es cierto —interroga el profesor,— que el alma lleva consigo á la nueva vida sus apetitos y sus pasiones animales?

G. P.—No, por cierto. Pero usted, un hombre instruído, debiera comprender que, si así fuese, nuestro mundo sería demasiado material.

NEWB.—William Stainton Moses afirma en sus escritos que el alma se lleva sus pasiones y apetitos, de los que no se desprende sino muy lentamente.

G. P.—Eso es completamente falso.

NEWB.—Y que las almas de los malos flotan sobre la superficie de la tierra, incitando á los pecadores á su propia destrucción.

G. P.—Eso no es verdad; repito que no es verdad. Creo expresarme bien, é insisto: Eso no es verdad. El estado del alma, después de la muerte, es en parte afectado por su vida terrena; mas los pecadores no vuelven al mundo á pecar otra vez.

El profesor Newbold recurre al propio espíritu de Stainton Moses, y una vez presentado éste, le pregunta lo que hay de verdad en sus enseñanzas, y el antiguo médium responde:

—Desde que estoy aquí sé que las cosas no son como yo decía. Mis asertos, comunicados por mis espíritus-guías cuando me hallaba en el cuerpo, son falsos. Nuestros pensamientos aquí no son los mismos que teníamos en nuestra vida material.

Los espíritus, pues, progresan, y como este progreso no puede ser material en un mundo donde la materialidad no existe, claro está que ha de ser moral é intelectual. En este progreso es en el que los espíritus se ayudan unos á otros. ¿De qué manera? G. P. no lo ha explicado.

(Continuará.)



DE GASTON MERY

La muerte del director de *L'Echo du Merveilleux* pone forzoso término á la contienda, que amenazaba ser ruidosa, promovida por él contra Mr. Stead, director-propietario de la clásica publicación londinense *Review of Reviews*, de la que nos hemos ocupado en números anteriores, en los que prometimos á nuestros lectores tenerles al corriente de tan interesante polémica entre dos distinguidísimos psicólogos, creyentes ambos en la realidad de los fenómenos supranormales y en que su origen es debido á seres inteligentes del mundo invisible á nuestros ojos; pero en completo desacuerdo en cuanto á la naturaleza y condición de esas misteriosas entidades.

Que Gaston Mery creía en la existencia de esas fuerzas invisibles lo han visto nuestros lectores en el propio artículo con el cual inició la

contienda, del cual hemos aún de ocuparnos, porque, afectando por modo esencial á las hipótesis del psiquismo espiritualista, forma parte del bagaje doctrinal que, sobreviviendo á los individuos ha de irse depurando en las sucesivas investigaciones de este orden. Pruébanlo, además, múltiples trabajos, de entre los cuales vamos á dar á conocer el último de índole experimental, por lo menos, el último que conocemos, publicado en *L'Echo du Merveilleux*.

En ese trabajo, cuya primera parte insertamos á continuación, pueden apreciarse bien las cualidades de escritor ameno y de sagaz investigador que distinguían al malogrado Gaston Mery.



¿AMORES Ó MEDIUMNIDAD?

No es fácil imaginar el sinnúmero de familias á las que ocurren hechos que el vulgo ha dado en llamar espiritas y que nosotros llamaríamos «maravillosos».

La mayor parte de las veces los hechos quedan ignorados, porque respetos humanos bien comprensibles inclinan á callarlos.

Temen las gentes, según los casos, ser tratadas de tontas y locas.

Cuente usted que algunas veces los muebles se mueven en un salón ó que en la obscuridad del gabinete de trabajo ha visto formas fantásticas que movían las puertas de la librería. Decid solamente que habéis oído rascar en la madera de vuestra cama, ó percibido golpes en la puerta del armario. No, no es posible contar eso si no os sobreponéis al ridículo y os desentendéis á los juicios de vuestros contertulios.

Los mismos que han sido testigos de estos hechos tienen, por lo general, un miedo infantil á que se sepa, á que se revele de una manera misteriosa á los ojos de otros, y si alguna vez se habla delante de ellos de tales fenómenos, son los primeros, como tomándolo á broma, en negar su existencia, calificándolos de burlas y alucinamientos. En su fuero interno cada uno no está menos intrigado que los demás, por lo que él mismo ha visto ú oído, y procura disimuladamente informarse. De aquí el gran éxito de todo lo que se publica acerca de lo maravilloso; y se ha de reconocer que esa curiosidad no se explicaría en estos tiempos en los que se afecta no creer en nada, si no correspondiera en el público á un sentimiento que no se confiesa, pero que es general.

Hace algunos años que ese temor de confesar que ha sido uno el testigo de un fenómeno un poco anormal ó bien de apariencia sobrenatural, se atenúa gradualmente. Se empieza á comprender, aunque con lentitud, que sería de interés social emprender una información sobre esos hechos, principalmente de los que se producen sin la intervención de médiums profesionales, siempre más ó menos sospechosos; prueba de ello son las confidencias que de vez en cuando recibimos. Hemos abierto una sección especial para insertarlos: *La Boite aux faits* (*). Verdad es que raras veces los autores de esas comunicaciones nos autorizan para publicar sus nombres; pero dada la opinión reinante sobre estos hechos, ya es algo que nos los refieran.

(*) Traducido literalmente: *La Caja de los hechos*.

Entre esas referencias más ó menos confidenciales nos llamaron la atención las contenidas en una carta de la Condesa de la H. La señora de la H. nos contaba una serie de fenómenos extraños, desconcertantes, ocurridos en su habitación y nos pedía que le explicáramos su causa.

Yo no soy espiritista, nos decía, pero quisiera saber cómo fuera de la hipótesis espirita se puede dar explicación de fenómenos tan extraordinarios. Como la señora de la H. nos invitó á su casa—Avenida de Termes— á comprobar por nosotros mismos los hechos de que nos hablaba, no quisimos rehusar su invitación.

La primera vez que fuí, además de la señora de la H. y de su hija Marta, alumna del Conservatorio, estaba la marquesa de M. y un joven—M. C.—amigo de la familia. Llegué á las nueve. Los espíritus no se manifestaban hasta las diez. Esperamos hablando. Estamos en el mismo salón que han de producirse los fenómenos.

—Mi hija—dijo la Condesa,—M. C. y yo nos pondremos juntos en este sofá teniendo cogidas las manos, dejaremos obscuro y no tardará usted en oir moverse los muebles, particularmente este pesado velador. Volarán por el aire algunos objetos. Pulsarán las cuerdas del piano y las del violín, verá usted siluetas indecisas perfilarse en la sombra, rozarle y aun tocarle, y oirá usted una voz que parece salir de aquel rincón de la sala, cerca de la ventana de la derecha.

La señora Condesa me anuncia otras maravillas. Verdaderamente todo ello parece exagerado.

Que me perdone las sospechas que concebía. ¿Es uno dueño del pensamiento?

Yo me decía:

Debe de haber aquí una inocente burla, pero una burla al fin. ¿Quién sabe? La señorita Marta siente quizás alguna simpatía por M. C. y éste cierta inclinación hacia la señorita Marta. En este caso, ¿los extraños fenómenos que se producen casi todas las noches á las diez, no serán invención de los dos jóvenes, buscando una obscuridad propicia para disimular á los ojos maternales sus ligeras caricias amorosas?

En mi lugar, ¿quién no hubiera pensado igual?

Entretanto se acercaba la hora. La Condesa, M. C. y la señorita Marta se sentaron en el sofá haciendo la cadena. La señorita Marta se había puesto al lado del piano. La Marquesa de M. y yo nos sentamos en sillones donde nos pareció. Yo me coloqué bien para tener delante las dos ventanas. Había previsto que cuando se apagaran las luces, estas dos ventanas, gracias á la transparencia de las cortinas, formarían una especie de pantalla luminosa, delante de la cual la menor silueta parecería una sombra chinesca.

Ya estamos en tinieblas. Esperamos apenas algunos minutos y se oye un ruido característico. Se diría que una mano vigorosa movía el sofá.

Pido perdón otra vez á los dueños de la casa, pues oyendo esta sacudida, creí que lo hacía una de las tres personas sentadas sobre el mueble sacudido.

Algunos instantes después ocurre un nuevo fenómeno: el pesado velador es movido violentamente. La Marquesa dice que ella lo toca. Se ha acercado, pues, á ella, recorriendo cerca de un metro.

Mentalmente calculo que M. C., que estaba delante de la mesa, ha podido trasladarlo de un fuerte puntapié. En todo

caso se ha movido en la dirección que podía haberlo movido un puntapié del joven.

Yo pido entonces que si hay un *espíritu*, se manifieste haciéndome oir *raps* (*) en la mesa del velador. Enseguida oigo los *raps*.

Interesado ya, pido al *espíritu* que toque un aire de tambor, el mismo que yo toco con las uñas en la madera del sillón, para darle el compás. Con algún apresuramiento se oye *en la mesa* el mismo aire. Después, casi enseguida, como una mano formidable cae varias veces sobre ella haciéndola trepidar.

Declaro que todavía me explico menos estos fenómenos que los anteriores.

En rigor, se podría suponer que la señorita Marta, dejando su sitio, se ha deslizado suavemente y ha tocado en la mesa. Hago la observación riéndome; pero la señorita Marta protesta y yo comprendo que está sentada en el mismo sitio. Á pesar de ello tengo dudas.

En este momento, la señora de la H. propone que se pidan al espíritu organizador de la sesión fenómenos de orden más intelectual.

Pronto se oye una voz como había anunciado la dueña, que parece venir del rincón de la ventana, de la cual la señorita Marta está separada sólo por el piano. La voz es dulce, débil. Dice que es la voz de *Santa Radegunda* (?). Yo le pregunto, y responde amablemente. Le digo que si el cuerpo que se conserva en Portiers es el suyo. *Santa Radegunda* (?) no parece dudarlo. La voz viene siempre del mismo sitio. Se diría que la «Santa» no puede hablar más que cerca de la señorita Marta.

Lo diré. Este fenómeno, que es el que interesa más á la señora de la H., no me interesa. *Es demasiado grande* para mí.

Antes de estudiar estas «manifestaciones» intelectuales quisiera yo tener una idea más clara de los fenómenos físicos y mecánicos.

Doy las gracias á *Santa Radegunda* por su amabilidad, y pido al *espíritu* que dirige la sesión que vuelva á producir fenómenos más sencillos. Apenas he formulado esta petición, cuando un abanico de plumas que estaba sobre el velador cae encima de mis rodillas, y pronto le sigue un almohadón que estaba sobre una butaca al otro lado de la sala.

Después se oye un ruido extraño, el ruido que haría una persona grosera al caer de rodillas. Al mismo tiempo, una mano toca mis botas como para desabrocharlas, pero sin llegar á hacerlo.

—¡Es el zapatero!—dice la señora de la H.—Le hemos dado este nombre porque tiene la manía de frotar el calzado. No se manifiesta de otra manera.

¿Lo diré aún? Creo que el zapatero podría muy bien ser M. C. Me atreví á exponer en alta voz esta duda.

Los presentes desatienden mis sospechas bromeando.

—¡Encienda usted y verá bien!

Encendí, y pude comprobar que M. C., la señorita Marta y la señora de la H. continuaban los tres juntos en el sofá con los brazos entrelazados haciendo la cadena.

(*) Crujido especial, que parece producido con una uña que araña en la madera. Es fenómeno que se observa con alguna frecuencia poco antes de que la mesa comience sus misteriosos movimientos.

Tales fueron los resultados de mis observaciones durante la primera velada pasada en casa de la señora de la H.

No sabía qué pensar; pero entre todas las hipótesis que exprimiendo mi cerebro imaginaba para explicar los fenómenos, lo menos inverosímil me pareció lo que desde el principio había concebido: la de una ingeniosa estratagema, hábilmente combinada por dos enamorados para disimular su *flirt*.

GASTON MERY

(Continuará.)



DE TODAS PARTES

Un caso singular de «identidad espirita», precedido de visión.

Á las ocho de la mañana del día 10 de Noviembre de 1908, mi excelente amigo M. G. B., Capitán de marina, vino á mi casa para comunicarme la relación que acababa de escribir de un hecho muy extraño que le había ocurrido hacia la media noche; transcribo el contenido:

«El infrascrito G. B. expone lo que sigue. La noche del 9 del corriente hacia las once y tres cuartos, cuando me retiraba á mi habitación para acostarme, y ya preparado para meterme en la cama tuve una *alucinación* que voy á describir.

»Había entrado en mi casa un poco después de las once, con un tiempo espléndido, sin preocupación ninguna, tranquilo de espíritu y sano de cuerpo. Cuando hube entrado en mi cuarto, y puesta la luz sobre la cómoda, me preparaba á desnudarme vuelto hacia mi lecho que estaba cubierto con un paño de seda oriental, obscuro; noté una cosa blanquecina cerca de la almohada. Tomándolo por un lienzo de tocador arrojado por casualidad sobre el lecho, fuí á retirarlo, pero con gran sorpresa la forma blanquecina había tomando apariencia humana.

»*Veía* una niña de diez á once años, cubierta con una camisa blanca de tela basta, de cabellos pardos, cejas y ojos negros, de tinte terroso (blanco-amarillento), casi desnuda, con la camisa recogida bajo las axilas; yacía sobre el lecho inmóvil, los muslos y las rodillas al aire, sus dos manos sobre el vientre como si la niña fuese presa de fuertes dolores, en tanto que su cara estaba contraída como por espasmos. Noté que el vientre desnudo estaba surcado de través por una larga y profunda herida.

No experimenté ninguna sensación de horror, y sí de miedo, pues lo creí todo un efecto de óptica, y para asegurarme dirigí los ojos á otro lado: la visión desapareció. Miré nuevamente al lecho y la visión se repitió. Esto me probó que el fenómeno estaba localizado. Sin embargo, cerrando los ojos, la sensación persistía, desapareciendo sólo si los cubría con las manos. Para asegurarme de que la visión tenía algo de concreto, me aproximé al lecho y pregunté resueltamente:

»—¿Quién eres tú?

»Una voz velada y excesivamente débil respondió:

»—¡Adela!

»Me aproximé para tocarla, pero entonces desapareció, disolviéndose como una tenue columna de humo. Todo esto duró próximamente un minuto.

»Debo afirmar que no venía ninguna luz de fuera, porque las maderas de las ventanas estaban herméticamente cerradas.

»En fe de lo que digo, firmo.

»PERETTI.

»*Génova, 20 Noviembre 1908.*»

Tal es la relación. Cuando concluí de leerla invité á mi amigo (que está dotado de automatismo escribiente) á sentarse á la mesa á fin de intentar la prueba de escritura, con la esperanza de obtener una comunicación para esclarecer la génesis de la visión. Su espíritu-guía se manifestó expresándose así:

«La visión que has tenido ha sido provocada por mí, á fin de enriquecer la Ciencia con pruebas que confirman la supervivencia del Alma á la muerte del cuerpo. La niña que te dijo llamarse Adela, murió envenenada á la edad de once años; ella misma te lo contará todo el viernes próximo, cuando os reunáis para la sesión habitual con el amigo M. Ernesto Bozzano. Bástete esto por el momento; pero queda persuadido de que no fué una alucinación, sino una aparición real.»

No quedaba más que esperar la sesión del viernes.

Viernes, 13 de Noviembre.

Además del infrascrito y del médium asistieron MM. Ernesto Bozzano y Eduardo Sanfranco á la sesión que tuvo lugar en mi casa á las nueve.

El espíritu-guía informa que, como él había anunciado, el espíritu de la niña se encuentra allí, pronto á manifestarse. «Yo me retiro—añade,—pero os asisto».

(Transcribo la revelación tal como fué dictada en dialecto milanés) (*).

«Soy Adela Milani, de Milán; fallecí de 11 años, envenenada».

»(Uno de los asistentes interrumpe preguntando algo á la entidad; ésta escribe con gran violencia: «Déjame hablar».) Tu patrón (se refiere al espíritu-guía, que será el de mi mujer) me ha dicho que explique cómo fuí muerta y cuándo y dónde he vivido. Pues bien: he vivido en Milán, vía Magolfa, cerca de la Puerta Ticiana. Tenía cuatro hermanas y un hermanito; papá se llamaba Florenzo ó Florencín y mi mamá Teresa, y es lavandera, y papá está al lado del fuego del gasómetro *(chauffeur)*.

(*) El original está en milanés. Nosotros lo damos traducido al castellano.

»(Otra interrupción de uno de los asistentes, á la cual respondió: «Cállate»).

»Así, pues, esto ocurrió el domingo 25 de Septiembre de 1904; papá había comprado tripas, que comimos todos. Al día siguiente tuve dolor de cabeza y de vientre; después, fiebre. Mi hermana Josefina murió en la mañana del miércoles y yo fallecí en la noche del 29 al 30, ó sea del jueves al viernes. Se me llevó al Musocco (cementerio milanés que lleva el nombre de la localidad) y se me hizo la autopsia estando aún viva. Figúrate tú que el médico decía que tenía meningitis; Sí; ¡qué torpes son, y qué daño me han hecho! Después, cuando vieron mi estómago y mis intestinos se encontraron con las «tripas». No tengo más que decir; si lo deseáis, habladme de otras cuestiones».

»*P.*—¿Cómo se explica que afirmes que has sido abierta viva?

»*R.*—Digo que estaba viva, porque aún tenía el espíritu dentro cuando empezaron á cortarme.

»*P.*—Infórmanos con más precisión de los nombres de tu familia.

»*R.*—Mi padre era Florencio Milani y mi madre Teresa Santagostino, de Milán. Fuimos cuatro hermanas: Josefina, muerta antes que yo, tenía ocho años; Florentina tenía nueve; Carlota un año y algunos meses, y Vitalina murió conmigo y tenía tres años y medio; el hermanito tiene cinco años y se llama Ginetto.

»*P.*—¿Cómo se explica que habiendo comido ocho las tripas, tan sólo hayan muerto tres?

»*R.*—Papá las vomitó allá en el gasómetro; mamá comió muy poco y se puso mala; los demás también las vomitaron y se pusieron malos.

»*P.*—¿Sólo á ti se te abrió el cuerpo?

»*R.*—Á las tres. El médico dijo que tenía la meningitis porque tenía el mal en la cabeza y no en el vientre. Cuando quieras volveré. Adiós.

»*P.*—Atiende. ¿Podías decirnos qué número tiene la puerta de tu casa de la vía Magolfa?

»*R.*—No sé. Hay una frutería cerca de la puerta.

»Aquí acabó la extraña revelación, no quedando más que comprobar su sinceridad.

»PERETTI.

»*Génova, 20 Noviembre 1908.*»

NOTAS

He aquí lo que resulta de los documentos oficiales y de las investigaciones:

Milán, 24 Noviembre 1908.

La niña objeto de la comunicación habitaba vía Magolfa, núm. 29, en el único cuarto, ocupado por toda la familia Florent Milani y su mujer Teresa Santagostino. Según la fotografía ampliada, que la madre conserva religiosamente, la niña parece inteligente, de ojos vivos y mirada firme. Te-

nía los cabellos y las cejas obscuras, los ojos negros, y la cara de un color pálido obscuro á causa de las fiebres, que padecen también ahora la madre y los otros niños. El padre estaba y está aún empleado como *chauffeur* en la Sociedad del Gas. Éste recuerda que en el mes de Septiembre de 1904, compró tripas en la calle de San Gotardo por el precio de 95 céntimos, que las llevó á su casa, y sus tres niñas murieron en seguida. La niña de once años está inscripta en el Registro civil como fallecida el 29 de Septiembre de 1904, con el nombre de Francesca, *pero en su casa y en toda la vecindad se la llamaba Adela;* tenía once años. Tuvo vómitos lo mismo que su padre; sus hermanas, muertas en las mismas circunstancias, se llamaban Josefina, de ocho años, fallecida el 28 de Septiembre de 1904, y Vitalina, de tres años y medio, muerta al día siguiente. El médico se llama Rossi; la autopsia de los tres pequeños cadáveres, transportados al cementerio de Musocco, fué ordenada. No hay fruterías cerca de la puerta de la casa, salvo al comienzo de la calle. El resto del relato corresponde de una manera perfecta á la realidad comprobada de los hechos. Se atribuía al vendedor de tripas de la calle Gotardo la responsabilidad del daño producido; pero éste se esculpó diciendo que si él hubiera sido culpable de ese envenenamiento, debían haberse producido otros casos.

El hermanito de Adela Milani, Ginetto, tiene ahora nueve años.

Á raíz de este comunicado, la redacción de *Luce é Ombra* rogó á los firmantes que en interés de las investigaciones dieran el nombre del médium, y algunos antecedentes sobre su personalidad, particularmente en lo relativo al objeto de la comunicación, á lo que contestaron MM. Bozzano y Peretti con la carta siguiente:

Declaración.

«Sentimos no poder dar el nombre del médium con el cual se obtuvo el caso relacionado, ni otras indicaciones sobre él, á causa de que, desempeñando un empleo del Estado y habiéndose prestado graciosamente á nuestras experiencias contra la voluntad paterna, corre el peligro de enojar á su padre y de ocasionarse perjuicios en su carrera, apenas comenzada.

Por lo que se refiere á la autenticidad de las manifestaciones observadas por su mediumnidad, nosotros aseguramos que el médium es un hombre serio y honorable; pero bien sabemos que si estas cualidades bastan para inspirar confianza á los experimentadores que le han tratado, no son suficientes para llevarla al ánimo de los demás.

Hacemos constar que desde hace más de un año no hemos cesado nunca de someter al médium á secretas medidas de comprobación, sin cogerle jamás en falta; así como no hemos dejado de someter á las personalidades psíquicas comunicantes á medidas análogas de comprobación, tanto al preguntar y obtener detalles sobre incidentes familiares, únicamente conocidos por el que pregunta y el difunto que afirma su presencia, como preguntando y obteniendo informaciones de orden personal, para poder presumir que no podían ser conocidas más que por el difunto, ó, en fin, pidiendo ó recibiendo espontáneamente el anuncio de sucesos más ó menos próximos que no dejan jamás de realizarse.

Admitido esto, se tiene en conclusión que si la sinceridad del médium pareció evidente siempre que los hechos se prestaron al control, no hay razones para sospechar de él en la presente circunstancia, tratándose de un caso que por su naturaleza es poco susceptible de ser rigurosamente comprobado.

C. PERETTI.—E. BOZZANO.

Es verdaderamente sensible que las prevenciones sociales no permitan aún esta honesta libertad de conciencia, reclamada por las exigencias científicas, y que se admite y respeta en otros órdenes menos importantes de investigaciones. Bien que deplorando este estado de cosas, no podemos desconocer todo el valor que pueden tener las declaraciones de personas conocidas por su competencia superior, como en nuestro caso, y señalamos á nuestros lectores este hecho que, por sus particularidades, puede ser admitido, si no entre los más seguros, al menos entre los más característicos casos de identificación.

LA REDACCIÓN de *Luce é Ombra.*



Experiencias de clarividencia

M. Harrisson refiere en *Atlanta-Journal* una experiencia de clarividencia que efectuó con el concurso de su hermano, juez de Lumpkin. Se convino que á las tres de la tarde del sábado siguiente, el juez escribiera á su hermano diciéndole lo que al ponerse á escribir acababa de hacer, y éste escribiría á aquél lo que á la misma hora había observado. Las dos cartas habían, pues, de cruzarse y se vería si su contenido era coincidente.

M. Harrisson había convenido asimismo con un médium en celebrar sesión el día y á la hora convenidos con su hermano, y llegado el momento, estando el médium en trance, le dijo:

—Vaya usted á Lumpkin por *tal* tren.

El médium anuncia que ha llegado á la población; entra en ella y penetra en el palacio de justicia en una sala donde ve á tres señores.

M. Harrisson, por las señas de éstos y del local, reconoce al Sherif, su sustituto y un empleado.

Entonces dice al médium.

- Se ha equivocado usted de habitación; baje al salón.

—Ya estoy—dice el médium—en otro cuarto; veo un hombre de pie delante de una ventana.

—Pregúntele su nombre.

—Dice que se llama *John*.

Enseguida le observa, diciendo el color del cabello y de los ojos, y hace una reseña completa de su traje, añadiendo:

«—Está á la ventana mirando á dos negritos que riñen en la calle.»

Al día siguiente M. Harrisson recibió carta de su hermano contándole que á la hora convenida había abierto la ventana y echado un terrón de azúcar á dos niños negros que disputaban.



El doble y la licantropia.

Una de las creencias más extendidas en todos los pueblos durante la Edad Media, y en algunos casi hasta en nuestros tiempos, la creencia en la *licantropia*, vuelve á encontrar adeptos entre personas cultas, que han hecho una especialidad de los estudios ocultistas. La licantropia es el fenómeno por el cual se supone que ciertos individuos, bajo ciertas condiciones, pueden cambiar su forma corporal y aparecerse en tal ó cual sitio en figura de bestia. Si á este animal se le hiere, la persona en él metamorfoseada resulta luego herida en el mismo sitio y en la misma forma. En la Europa medioeval se admitía que la forma más comúnmente adoptada era la de lobo, de donde se sacó el nombre griego *lycanthropos*, hombre-lobo. Tan extraña creencia ha inspirado á más de un novelista, á los hermanos Herkmann-Chatrian, por ejemplo, en su *Hugo el lobo*.

Hereward Carrington, Adolphe D'Assier y otros psicólogos, admiten la licantropia, y la explican diciendo que es el doble ó cuerpo astral el que temporalmente se transforma en bestia, ó bien se aloja en el cuerpo de una bestia, mientras el individuo permanece en su casa, en estado de trance. Por de pronto, no damos á conocer tal opinión más que á título de curiosidad, pero no deja de parecernos curioso el caso, ocurrido en tiempos recientes, que cita D'Assier en su *Humanidad Póstuma*.

«Cierto molinero llamado Bigot — dice — tenía fama de brujo. Un día en que su mujer se levantó muy temprano para ir á lavar la ropa, quiso disuadirla, diciéndole repetidas veces: —No vayas, que te asustarás. —¿Yo? ¿Por qué me voy á asustar?— preguntó ella. —Te repito que te asustarás. La mujer no le hizo caso, y marchó al lavadero. Apenas había llegado, cuando vió un animal que iba y venía en torno suyo. Como aún no había bastante luz, no pudo distinguir bien su forma, pero le pareció algo así como un perro. Molestada por sus vueltas y revueltas, y no consiguiendo ahuyentarlo, acabó por tirarle la paleta de lavar, dándole en un ojo. El animal desapareció inmediatamente. En aquel mismo instante, los hijos de Bigot oyeron que éste, desde la cama, lanzaba un alarido de dolor y gritaba: «¡Me ha destrozado el ojo esa maldita!» En efecto, desde aquel día quedó tuerto. Varias personas me han referido este hecho, entre ellas los propios hijos de Bigot.»



DEL CORREO

Diariamente recibimos cartas, firmadas unas, otras anónimas, haciéndonos preguntas, proponiéndonos cuestiones ó exponiendo teorías acerca de espiritismo ó hipnotismo.

Hemos contestado algunas particularmente y á otras en breves líneas de la sección de CORRESPONDENCIA, *pero nos parece que algunos de esos comunicados han de resultar interesantes para nuestros lectores y aún que podrían ser contestados por éstos, lo que indudablemente había de dar interés á la sección* DEL CORREO, *que con este objeto abrimos hoy é insertaremos en los números sucesivos, siempre que el espacio lo consienta, y el original recibido para ello deba, á nuestro juicio, publicarse.*

Queremos hacer constar que sentimos decidida preferencia por los hechos *sobre las teorías, y agradeceremos mucho más á nuestros lectores el envío de relatos autorizados de fenómenos de orden psíquico-supranormal, que el de comentarios y estudios de carácter especulativo; pero venimos observando que en el público que nos favorece domina otra tendencia, y aunque ello nos parece una equivocada dirección de una parte de la mentalidad española, consecuencia de no haberse liberado aún de la férula escolástica, habremos de transigir algo con esas aficiones y tendencias, para asociar mejor á nuestra obra los muchos y valiosos elementos intelectuales, que, si logramos conducir al terreno de la experimentación positiva, han de ser potentes impulsores de las ciencias psíquicas, cuyo desarrollo en España es hoy precario.*

Consignado esto, abrimos desde luego la sección DEL CORREO. *Publicado en ella un trabajo cualquiera que exija respuesta, esperaremos á que nuestros lectores la envíen, y si esto no ocurriera en un tiempo prudencial, será contestado por un colaborador de* LO MARAVILLOSO *con entera libertad de criterio, del cual, como siempre, la Redacción no se hace solidaria. Numeramos los comunicados para facilitar las referencias.*

COMUNICADO NÚMERO 1

Sr. Director de LO MARAVILLOSO.

PRESENTE.

Muy señor mío: Publicista de profesión, leo alguno de los números de su ilustrado periódico, que á los transcendentales problemas del espíritu dedica su inteligente labor; pero aparte el interés que los trabajos publicados en él me inspiran como hombre aficionado al estudio de cuanto se refiere al futuro incierto de la Humanidad, se me ocurre pre-

guntar: ¿por qué es necesaria la intervención de una tercera persona, muchas veces ignorante, para que se nos manifiesten por su *medio* esos habitantes impalpables de un mundo desconocido? ¿Es que esos espíritus, al separarse de su envoltura carnal han ido perdiendo autonomía (¡valiente perfección!) al extremo de ser conducidos á veces hasta por criaturas inconscientes? Por otra parte, y dejo á un lado el concepto de superchería, ¿para qué esa forzada obscuridad en el escenario de tales maravillas? ¿No es dado á esos espíritus mostrarse á plena luz, bajo los resplandores del Sol, que es símbolo de la verdad? Así tal vez... los que dudamos seríamos los más fervientes propagandistas de la hermosa concepción espiritualista. Entretanto, nos infunden mucho respeto las aseveraciones de los Lombroso y otros cerebros de reputación mundial, pero no podemos darnos por convencidos.

¿Que en Madrid no disponemos de *médiums* con suficiente ascendiente ó influencia (fiel trasunto de la vida terrena) sobre los desencarnados?... ¡Triste sistema el que para manifestarse tiene que valerse de una histérica ó de un neurótico para llevar la convicción al ánimo de los perfectamente equilibrados y ecuánimes!

Yo aspiro vivamente á estudiar esos fenómenos y convencerme de su realidad. ¿Puede ser esto? ¿Es posible asistir á varias sesiones de las que se celebren por los adeptos en Madrid? Se lo agradeceremos sinceramente los que amamos el saber y el estudio con entera buena fe y con absoluto desinterés.

Como usted ve, le escribo valiéndome de los instrumentos del oficio, es decir, en cuartillas que á mano tengo. Perdóneme lo típico de la acción.

Le estimaré dos líneas en la sección de *Correspondencia* y quedo obligado á su bondad.

Entretanto tengo una verdadera satisfacción en ofrecer á usted la seguridad de mis respetos y consideración como atento seguro servidor q. b. s. m.,

E. DE L.

Madrid, 16-8-09.



CURIOSO CASO DE TELEPATÍA

En Andria (Italia) ha ocurrido un caso curioso de telepatía. En una casa modestísima de los suburbios, vivía, hace tiempo, una anciana que gozaba de general aprecio por sus excelentes condiciones de carácter, y hasta por los infortunios que desde largo tiempo parecían cebarse en ella.

La anciana en cuestión tenía una hija dotada de extraordinaria belleza, que la abandonó para seguir á su amante, siendo éste uno de los más rudos golpes que hubo de sufrir, pues todas sus esperanzas se fundaban en el apoyo que aquella hija había de prestarle en los últimos años de su vida.

Desde este momento, las sencillas gentes que habitaban en aquel barrio se encargaron de cuidar y sostener á la pobre anciana, que se negó siempre, por un soberbio rasgo de altivez y dignidad, á aceptar ningún socorro de su hija.

Una noche, á las once poco más ó menos, los vecinos despertaron sobresaltados á las voces que la anciana daba, desde el balcón de su vivienda, demandando auxilio.

En seguida se acercaron á la casa los más próximos, quienes pudieron enterarse de que aquella buena mujer pedía auxilio porque en tales momentos, según decía, estaban asesinando á su hija.

Muy pronto la casa se vió invadida por gran número de amigos y vecinos, quienes trataron de tranquilizar á la anciana, asegurándole que sólo se trataba de una pesadilla y que podía volver á dormirse tranquilamente, ya que, por fortuna, nada había de cierto en todo aquello.

En los mismos momentos llegaba á la casa un agente de la autoridad, encargado de interrogar á su dueña acerca de algunos antecedentes respecto de su hija.

Entonces pudieron advertir los asombrados vecinos que los vaticinios de la anciana eran exactísimos, pues á la misma hora en que, aterrorizada, pedía auxilio á todos para que defendiesen á su hija, ésta había sido asesinada por su amante.

Conviene advertir que desde los suburbios del pueblo donde vive la anciana, hasta el punto donde se desarrolló el crimen, existe una distancia de cerca de cuatro kilómetros.

Interrogada la anciana, declaró que, habiéndose acostado á las diez, quedó prontamente dormida, y poco después sintió la voz de su hija y vió claramente cómo su amante, después de una breve disputa, disparaba sobre ella dos balazos. Entonces se levantó y dirigió al balcón, desde cuyo sitio reclamó el auxilio de los vecinos.



CH. D'ORINO

La Génesis del Alma

(CONTINUACIÓN)

DIOS Y LA ETERNIDAD

LLAMÁIS á Dios «el gran productor». ¿Cómo puede producirse sin crear? ¿No habrá hecho, acaso, más que utilizar moléculas en suspensión sin ninguna clase de producción?

Decís que nada será destruído. ¿Nuestro globo, por ejemplo, si no ha de ser destruído, no está destinado como muchos otros, á disgregarse quedando á Dios la facultad de servirse de sus moléculas para con ellas formar otros nuevos?

....

¿Es que deseáis una definición?

En ese caso, os responderé que la lengua francesa da á la palabra «crear» un sentido muy diferente del atribuído á la palabra «producir».

Si consultamos los libros de la tradición cristiana, vemos que crear es una facultad exclusiva de Dios, «porque sólo Él puede—dice la Biblia—hacer una cosa de nada». El vocablo se ha generalizado, pasando á la lengua usual, pues ningún hombre es creador por la sencilla razón de que todo ser viviente se sirve de cosas materiales para dar forma á su pensamiento.

Ésta palabra debía ser, pues, borrada de todos los diccionarios porque es un contrasentido. Sin embargo, la imaginación de los pueblos primitivos, preguntándose, naturalmente, qué era lo que existía antes de que existiera el mundo, ha deducido que la Creación era el nacimiento de todo lo que nos rodea, sin haber sido preparada y sin tener para ello materiales de ningún género.

Otra cosa es la palabra «producir». La producción es el acto por el cual se esparcen las obras de toda clase, nacidas

de la inteligencia, ó las fabricaciones materiales formadas tanto por la mano del hombre como por la de Dios.

Así, según os he dicho en mi comunicación anterior, Dios no ha creado, sino producido. No ha creado, puesto que todo es materia, pero ha condensado en su poder las materias imponderables, y las ha animado por su fuerza y su voluntad.

Esas moléculas en suspensión de que habláis, son precisamente los materiales de que se ha servido y en esa condensación maravillosa es donde está su obra.

Para dar forma á todo lo que os rodea y color á todo lo que se ve, ha sido preciso que esta gran inteligencia uniese, agrupase los átomos dispersos.

De esa mezcla ha salido la Naturaleza entera; pero mientras el hombre, el sabio encerrado en su laboratorio palidece sobre sus cálculos y manipula con las substancias químicas transformándolas en sus alambiques, mientras busca en vano la manera de reproducir cualquiera de los moldes de la Naturaleza, de hacer germinar una planta ó de fabricar un ser humano, desanimado porque el triunfo de la Ciencia sólo alcanza á formar un cuerpo sin poder darle la vida, Dios, el gran químico eterno, deja caer de su mano mundos, montañas, soles, planetas, animales y hombres, y todo esto vive, todo esto existe, los mundos ruedan en una rotación infinita, los soles flamean, los cometas fulguran arrastrados por su vertiginosa carrera, los vientos soplan, el fuego ruge, los torrentes se precipitan, el mar se agita, la flor se despliega, el animal respira... y el hombre, ante todas esas fuerzas acumuladas, ante todos esos elementos favorables ó adversos, según los casos, el hombre adquiere la consciencia de una libertad, de una potencia activa que reside en sí mismo; siente en su interior el chispazo divino que anima todo lo que le rodea, y hace que él, tan pequeño ante la Creación, se halle, sin embargo, en estado de luchar con todas las potencias que le circundan sojuzgadas poco á poco por el triunfo de sus moléculas cerebrales avivadas por la presencia del Alma, dón supremo y magnífico recibido de Dios el día primero de la evolución infinita.

Así, pues, la diferencia entre la producción humana y la divina está solamente en la vida, misterio impenetrable que se ríe del esfuerzo de los sabios.

Creo haberme explicado ahora con bastante claridad para que comprendáis bien esta diferencia. La única manifestación divina que pudiera llamarse Creación, sería la emanación del Eterno repartiendo la vida sobre las formas salidas de la condensación molecular. Esta vida la llamaremos «Alma» porque, en efecto, es la parte que una vez lanzada en el movimiento evolutivo, no se detiene ya y progresa constantemente, abandonando un cuerpo que se disgrega para habitar otro en formación, mientras que las partes del cuerpo abandonadas entrarán de nuevo en el caos universal y servirán más tarde para otras formas, para otros cuerpos destinados á servir de mansión para otras almas.

Cuando os hablé de la eternidad, el concepto que de ella tenía era mucho más grande de lo que os podéis haber figurado.

Ya he dicho que todo era eterno y que nada podría ser definitivamente destruído, pero no he querido aplicar la idea de eternidad á cada forma material en particular. Si tal pensamiento hubiera tenido, el nacimiento y la muerte de cada ser humano darían el más formal mentís á mi afirmación.

Pero, ¿qué importan los cuerpos, esas prisiones más ó menos tristes, más ó menos favorecidas por la Naturaleza y que no son otra cosa que el instrumento de que se sirve el Alma para sus manifestaciones? ¿Qué importa vuestro mismo mundo? Vuestro mundo no es el único que da asilo á una humanidad, y esta humanidad no es bastante perfecta para constituir la sociedad ideal á que desearéis reuniros en la encarnación.

La desaparición de un mundo es un incidente sin importancia en el conjunto del universo. La inteligencia humana, completamente falseada por la educación ancestral, está acostumbrada á estrechar sus conceptos y á no ocuparse más que de esta partícula mundial que le da asilo, y por eso imagina que el cataclismo que redujera á polvo la tierra y sus habitantes, sería una perturbación inmensa en el sistema universal.

Pero si le fuese dado por un momento seguir un Alma más perfeccionada y franquear con ella los espacios infinitos de los diferentes grupos planetarios, entonces ese hombre quedaría tan espantado de lo infinitamente grande como está admirado de lo infinitamente pequeño.

Así ocurre en la Naturaleza de los animálculos invisibles para el ojo humano, de los microbios intangibles que ningún instrumento de óptica puede ayudar á percibir; de la misma manera, es una inmensidad tan perturbadora que nuestro cerebro parece próximo á estallar cuando exigís de él el esfuerzo necesario para concebir estos misterios de una grandiosidad muy diferente, de otra suerte inconcebibles, que los misterios de la religión que os ha mecido en sus leyendas; misterios tan inconmensurables como el mismo Dios y que no pueden compararse con los pseudos-misterios que la inteligencia humana ha hojeado y que la Ciencia puede explicar.

Cuando la creación terrestre sea anonadada, todas sus moléculas disgregadas irán á formar otros mundos, como los mundos que se disgregan de vez en cuando ayudan, con sus partículas esparcidas, á formar mundos nuevos ó á producir los reinos naturales que los cubren y los habitan.

Algunos autores han hablado del alma de los elementos, porque no podían admitir que una de las manifestaciones de la vida, cualquiera que fuese, pudiera estar desprovista de alma.

El alma de los elementos es una colectividad; forma parte de la gran alma geológica de la cual un espíritu amigo os hablará. Por extraño que os pueda parecer este concepto es un hecho innegable; el alma geológica existe, como existe el alma colectiva; la segunda es una manifestación que sigue á la primera.

El alma mineral y el alma vegetal son colectividades que no se individualizan hasta el día en que adquieren vida en el cuerpo de un animal.

Si Allan Kardec no habló nada de ella, si su obra parece inaccesible á ciertas afirmaciones, que, en nuestro tiempo, son á menudo discutidas, ha sido porque el gran maestro ha sufrido la ley general, que hace que todo educador se pliegue á la inteligencia de su discípulo. Desde el momento en que hizo vibrar el clarín de la diana espiritista, sus declaraciones parecieron ya sobrado atrevidas, y le fué preciso hallarse dotado de un alma temeraria de apóstol para sostenerlas y lanzarlas por escrito á través del mundo; y al mismo tiempo que rehabilitaba á los brujos de la Edad Media, daba el primer piquetazo al edificio dogmático.

Los años han transcurrido desde que comenzó su obra. Otros han recogido la causa espiritista, adoptando en un todo la filosofía kardecista; pero, no está prohibido avanzar, y si en el tiempo en que vivía el maestro los espíritus han juzgado conveniente hablar de ciertas cosas que la inteligencia humana era apta para comprender, han creído también que otras no deben nacer hasta el día señalado para su eclosión, y que este día no llegará hasta que el Alma, ávida de saber, habiendo comprendido suficientemente las primeras lecciones, quiera completarlas, poseer la llave de todas las enseñanzas ocultas, y ver resueltos todos los perturbadores problemas que se presentan sin cesar ante ella, obtener la explicación exigida, haciendo nacer una nueva objeción ó invitando á una investigación más detallada del apasionador porvenir que espera á nuestras almas en el umbral de la mansión inexplorada, temida por los que tienen miedo al castigo, deseada por los que esperan una recompensa.

RENÁN



Tipografía LA EDITORA.—San Bernardo, número 19, Madrid.



LAS ESTAFAS DE LAS FALSAS ADIVINADORAS

En estos días se ha presentado denuncia criminal contra una *adivinadora* que vive en Madrid, calle Arganzuela, 9, tercero, y que, según la denunciante, le estafó 500 pesetas, á más de varias alhajas y ropas, prometiendo proporcionar á una hija de la cándida mujer casamiento rápido, gustoso y espléndido, y otras muchas prosperidades de toda clase.

Una vez más advertimos á nuestros lectores que, siendo verdad muchas cosas de ocultismo, *jamás* por ese camino se lograron ventajas económicas. Siempre que les sean éstas prometidas, pueden *con toda seguridad* entender que están en presencia de una impostura. Ni el amor, ni las riquezas, ni las secretas cobardes venganzas se han obtenido *jamás* consultando adivinadoras, ni siguiendo sus estúpidas instrucciones.

OTRO CASO DE TELEPATÍA

Los periódicos de Brescia (Italia) refieren un extraño caso de telepatía registrado en dicha población, y de cuya autenticidad dan fe demasiadas personas—todas respetabilísimas,—para que pueda dudarse de ella.

Hace dos días, un furriel de artillería, de guarnición en Brescia, llamado Juan Lostumbo, mató en un acceso de ira á su desventurada esposa, de cuya fidelidad parece que tenía fundados motivos para desconfiar

Pues bien; un hijo de aquel desgraciado matrimonio, un niño de seis años, hallábase aquel día, según costumbre, en el «Asilo Giuseppe Valeri», sito en la calle de Trieste, esto es á bastante distancia de la en que ha ocurrido el tremendo crimen. Y justamente en la hora y en el mismo instante en que ocurría la tragedia, estaba el pobre niño jugando con unos pequeñuelos compañeros suyos, cuando se le vió de repente interrumpir sus juegos, y exclamar con aire de profunda sorpresa: «¡Me llaman!»

La maestra, que estaba á su lado, le dijo.—«No, monín, te engañas. Nadie te llama. Sigue jugando.

En efecto; la criatura reanudó sus juegos; pero al cabo de un segundo los interrumpió de nuevo, repitiendo:—«¡Me están llamando! ¡Me llaman otra vez!»

Y habiéndole la maestra convencido para que continuase jugando, el infeliz pequeñuelo volvió á interrumpirse una vez más ¡insistiendo en que «se oía llamar»!

¿Qué fuerza sobrenatural sería la que llevaba hasta los oídos de ese infeliz niño el eco de la voz de su desdichada madre, quien, efectivamente, en aquel mismo instante invocaba por vez postrera su nombre antes de perecer á manos de su propio esposo?...—TEDESCHI.

(De *El Imparcial*.)

BIBLIOGRAFÍA

En esta sección daremos cuenta de toda obra de que se nos remita un ejemplar, ocupándonos además de ella en las páginas del texto, si tiene relación con lo que es objeto de la Revista.

Hemos recibido, estableciendo gustosos con ellas el cambio, las siguientes publicaciones:

Guía de la Verdad.—Revista Mensual de estudios psicológicos y morales.—Organo del Centro GUÍA DE LA VERDAD.—Guayaquil. R. del Ecuador.

Revista Espirita.- Órgano del Centro Espirita Port.—Director: Francisco de Paula A. de Silveira Perito.

Constancia.—Revista semanal de espiritualismo, psicología y sociología.—Organo de la Sociedad espiritista *Constancia*.—Buenos Aires.

Los Progresos de la Ciencia.—Revista quincenal ilustrada. Madrid, Mesonero Romanos, 7.

Redención.—Revista mensual de Estudios Psicológicos.—Director, D. Doroteo Valle.—Habana.

La Novela de Ahora ha publicado la segunda y última parte de *Ivanhoe*, por Walter Scott, con ilustraciones de Picolo.

Bella es esta obra incomparable, por las escenas que describe y por el carácter valeroso y fiero de sus personajes.

La Novela de Ahora se vende en toda España, en las librerías y puestos de periódicos, á 40 céntimos.

Administración: Casa Editorial de D. Saturnino Calleja.—Valencia, núm. 28. Madrid.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA

DE REDACCIÓN

Sr. D. W. E.—No podemos aceptar el ofrecimiento. Tenemos ya esas obras, de las cuales hay en España muchos ejemplares en francés y en castellano.

ADMINISTRATIVA

D. F. O.—Conformes con sus observaciones. Aplazado como desea.
D. H. I.—Se le girará según sus deseos.
D. E. M.—Recibimos el importe de su suscripción. Gracias.
D. P. R.—Abonado en cuenta el importe de su libranza.
D. D. J.—Idem, idem. Procuraremos complacerle.

(Continuará.)

Para hacer la suscripción llénese el adjunto boletín y envíesenos, con el importe en libranzas de la Prensa, que pueden adquirirse en cualquier estanco, letras, cheques ú órdenes de fácil cobro.

Los suscriptores de América pueden remitir el importe de la suscripción en francos ó dolars.

Un semestre se entiende que comprende 12 números, y un año, 24, pudiendo hacerse la suscripción de número á número.

Admitimos también la suscripción que se quiera hacer á contar desde el primer número publicado el 10 de Abril hasta el del 25 de Diciembre, al precio de 4,50 pesetas, es decir, la parte proporcional sin aumento alguno, de un año.

Lo Maravilloso — **MADRID ... Ancha de San Bernardo, 19**

España: Un año, 6 pesetas; un semestre, 3,50 id.—*Extranjero:* 7 y 4 francos respectivamente. — **LA EDITORA**

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

DON ...., *que vive en* ...., *provincia de* ....
...., *núm.* ...., *se suscribe por* ....
(Calle ó plaza.)
á partir de 1.º .... *cuyo importe de* .... *pesetas remite en* ....
.... *de* .... *de 190*......
(Firma del suscriptor.)

CH. D'ORIÑO

La Genèse de l'Ame

COMUNICACIONES MEDIÚMNICAS de RENAN, ZOLA, DUPANLOUP, Padres DIDON y HENRI, Cura D'ARS, MAUPASSANT y HARLOWE

Bibliothèque Chacornac

Precio: Dos francos

Los Previsores del Porvenir

AHORRO FÁCIL Y PROVECHOSO

Ninguna otra combinación ofrece las ventajas y seguridades del ahorro mutuo de

LOS PREVISORES DEL PORVENIR

ECHEGARAY, 20 — MADRID — APARTADO 366

INSTITUTO ANTIRRÁBICO DEL DOCTOR CLARAMUNT

AUSIAS MARCH, 43, BARCELONA

Resumen de lo que se debe hacer cuando una persona es mordida.

SI EL ANIMAL QUE MORDIÓ:

1.° Es desconocido.			Tratamiento antirrábico.
2.° Ha desaparecido antes de los once días siguientes á la mordedura.			Tratamiento antirrábico.
3.° Ha muerto, ó ha sido muerto, antes de pasar diez días de la mordedura.			Tratamiento antirrábico.
4.° Vive. Debe ser puesto en observación durante diez días.	Durante ese período.	A. El animal se vuelve rabioso.	Tratamiento antirrábico.
		B. El animal muere de rabia, ó de cualquiera otra afección.	Tratamiento antirrábico.
		C. El animal enferma.	Se prolonga la observación, y si muere, tratamiento antirrábico.
		D. El animal vive y está bueno después de los diez días.	No hace falta el tratamiento antirrábico.

Lo Maravilloso

se vende en las principales librerías y en los más importantes kioscos como Serrano (esquina á Goya), Estación del Norte, Plazas de Santa Bárbara y Bilbao, y *Petit Palais*.

SAN SEBASTIÁN: Hijas de Aramburo, Alameda, 21, bulevar.

SANTANDER: Librería Moderna de Mariano Albira, Amós Escalante, número 10.



"EMPIRE"

PRIMERA CASA EN ESPECIALIDADES PARA ESCRITORIO

L. Asín Palacios

Mayor, 33, 1.° - Madrid. - Teléfono núm. 2.536

Timbrados en relieve · Talla dulce · Litografía · Tipografía · Papelería · Tintas · Máquinas de escribir y sus accesorios · Clasificadores de todos los sistemas y Escritorios americanos.

El Foro Español

REVISTA JURÍDICO - ADMINISTRATIVA

Á LA QUE POR VOLUNTAD EXPRESA DE LA MAYORÍA DE LOS JUECES Y ACTUARIOS DE ESPAÑA, ESTÁ CONFIADA SU REPRESENTACIÓN Y DEFENSA

Se publica los días 10, 20 y 30.—Redacción y Administración: Isabel la Católica, 4 dpdo.

SUSCRIPCIONES—Madrid, trimestre, 2 pesetas. Provincias, 5. Ultramar y Extranjero, 30.

Número suelto, 0,25 pesetas. Atrasado, 0,50



DISPONIBLE

Margarita la Tornera

Hermoso album y argumento de la ópera

CON 41 GRABADOS

Una peseta.

En todas las principales librerías y San Bernardo, 19, Madrid